

26050.

AÑO XIII, SERIE II

1925, Jul, n.º 48

REVISTA  
DE  
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO

DE GRADUADOS



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1925

## Charlando con el profesor Mario Sáenz

---

« EL ESTUDIANTE » hubiera querido dedicar un número extraordinario de homenaje a la preclara personalidad de maestro del doctor Mario Sáenz, en torno del cual vivió estos días de juventud intelectual y estudiantil española, horas de intensa emoción y anhelo.

Por causas ajenas a nuestra voluntad tenemos que limitarnos a ofrecer a nuestros lectores unos trozos muy someros y mutilados de nuestra breve, pero fuerte y perdurable convivencia de espíritu con este hombre ejemplar, que comparte íntimamente, como propios, los afanes de nuestro movimiento de redención universitaria.

Quedan aquí estos leves retazos, con un tributo de rendida veneración y gratitud a la gran figura del pensamiento argentino.

El doctor Mario Sáenz, decano de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, tiene una prestigiosa personalidad de profesor y de jurista en su país. Su preocupación central son los problemas de Filosofía del Derecho, pero es también un fino economista a quien los conceptos abstractos no empañan la visión de la realidad material, como demostró en su magnífica conferencia de la Sociedad Geográfica. Ha escrito, además, poesías vibrantes, encendidas de fuego ideal, y en su conversación amena se vislumbra su depurado gusto literario.

Lo que nos interesaba del doctor Sáenz era oír de sus labios cómo entendía él el papel de los estudiantes en la renovación de la Universidad y, más concretamente, la intervención de los argentinos en la creación de la Universidad nueva, de que él es hoy uno de los más eminentes representantes. Nadie mejor para informarnos de estos vitales problemas, dada su gran significación de guía en los movimientos escolares de su país.

El maestro americano nos recibe con acogedor afecto en aquella habitación de hotel que fué durante varios días hogar de alentadora cordialidad para la juventud estudiantil. Allí nos encontramos con Pedroso, con Asúa, con Alvarez del Vayo, con Roces, con Giménez Siles, con Garrigues, nuestros buenos camaradas.

El doctor Mario Sáenz, cuyos rasgos fijó tan certeramente Bagaría, es hombre pulcro, de sobria elegancia. Sus ojos, recatados bajo párpados carnosos y tras las gafas de carey, se fijan en uno con insistencia, mientras habla su voz opaca y reposada, con dulces modulaciones argentinas.

Con ardoroso entusiasmo, fogosamente, nos describe su concepción de la Universidad, una concepción que es ya realidad viva en su nación. No basta — nos dice — que la Universidad sea un establecimiento para la formación de capacidades profesionales y la concesión de títulos. Porque el título profesional es un monopolio que el Estado otorga, y de limitarse a ello la Universidad, sería una fuente exclusiva de privilegios, fomentaría el espíritu de casta; la Universidad tiene, además, por misión, y misión eminente, velar por la producción científica, debe ser hogar de ciencias creadora, y quienes se hallen incapacitados para una labor científica personal, no deben pertenecer a ella. Y la Universidad debe ser también, para serlo verdaderamente, un órgano de remoción del alma del pueblo y al servicio de sus necesidades. Es espectáculo deplorable — añadió, mirando expresivamente a los catedráticos que le oían — el de estas universidades que olvidan que viven de la vida del pueblo, que las sostiene con su sangre por él y para él, y no de las veleidades de ningún gobierno...

El doctor Sáenz había podido ver, en efecto, bien de cerca, lo que eran nuestras autoridades académicas, como pobres instrumentos de la fuerza imperante.

Este ideal de humanidad — nos siguió diciendo el maestro argentino, y aquí entrábamos en la parte más interesante de la sazónada conversación — sólo pudo implantarse en nuestro país y mantenerse en pie, vivo y fecundo, por la intervención removedora y tenaz de la juventud estudiantil. Ella fué la que con su empuje decisivo contribuyó a sacar de su secular agonía a las universidades argentinas, en que, hasta la reforma, quedaba tanto de la palidez mortal de las universidades heredadas de España.

Y refiriéndose ya más particularmente a la Universidad de Buenos Aires — pues cada una de las universidades del país (Córdoba, La Plata), siguió su trayectoria distinta — nos refiere el preclaro profesor los efectos salvadores, milagrosos, de la reforma vigente

del 18, la que dió intervención a los estudiantes en la marcha de la Universidad y en sus consejos directivos. Fué — nos dice con vivaz alegría — como un soplo aventador que arrastró a las momias fosilizadas que sólo mantenía en pie la inercia, a aquellos profesores mentidos que infestaban los claustros y que pasaban por las aulas sin dejar una huella de su obra ni en el espíritu de un alumno ni en las hojas de un libro ni en los afanes de una investigación. Esos profesores ficticios y mortíferos no pueden darse ya hoy en nuestra nueva Universidad, y su recuerdo nos parece como una absurda pesadilla... En los primeros dos o tres años, menudearon los expedientes de incapacitación y de eliminación; pero esas amputaciones de miembros atrofiados han dejado de ser necesarias.

Y el doctor Sáenz nos explica, con palabras alentadoras, cómo este espíritu juvenil de los estudiantes, esta opinión pública estudiantil, debidamente organizada, es la palanca de renovación que evita que el ambiente de la Universidad se estanque y se enrarezca. Porque la masa estudiantil, en constante retoño e incesante cambio, es corriente siempre viva, y unas generaciones de estudiantes se suceden a otras, cada una con sus afanes juveniles, mientras el cuerpo profesoral va envejeciendo espiritualmente, por ley fatal, con cada día que pasa. Además el estudiante, que es hombre y ciudadano, lleva a los claustros el aire de la calle y de la vida, los anhelos de fuera, y vela porque no se rompa el contacto entre la Universidad y el pueblo. Conferencias de extensión universitaria, ciclos de cultura popular, que muchas veces explican los propios estudiantes, llevando la voz de la Universidad a los círculos obreros, a asociaciones profesionales, al campo, siempre naturalmente sin distinción de matices políticos, aseguran esta cohesión de las cátedras con la vida. La Universidad, como está bien asegurada de su vigor y su vitalidad, no teme este choque con las necesidades populares, en que no siempre es ella la que enseña. Es una fecunda trasfusión de valores y un intercambio constante de magisterios.

Al soplo de la nueva reforma estudiantil — continúa diciendo el profesor Sáenz — surgió, y se mantiene, cada día más pujante, una soberbia floración de institutos, laboratorios, seminarios, bibliotecas... una serie de instituciones y métodos de enseñanza que acabaron con el monólogo mecánico y retórico de la cátedra estéril, que hacía del estudiante un pobre engendro pasivo de recepción, y le convirtieron en miembro activo y productor de una comunidad de trabajo.

Esta magnífica perspectiva, que en otros sitios había sido el producto de una larga evolución orgánica, pudo implantarse entre

nosotros — nos reiteró el doctor Sáenz — gracias al noble entusiasmo y a la fervorosa pasión de lucha de nuestra juventud escolar. Sin eso, los esfuerzos individuales de los maestros ansiosos de la renovación, se hubieran perdido en la esterilidad y en el vacío. El movimiento estudiantil fué el que convirtió en caudal vivo y fecundador sus clamorosas enseñanzas.

Aun hablamos mucho tiempo con el decano de Buenos Aires de estos problemas cardinales de la Universidad. Hablamos, sobre todo, de la organización actual que en las de su país asegura la eficacia de la fiscalización estudiantil y la vitalidad de la reforma en sus tres aspectos cardinales : métodos de enseñanza, selección de profesorado y organismos directores. De estos puntos, tan interesantes y tan ejemplares para nosotros, hemos de tener ocasión de tratar aquí no tardando.

De esta provechosísima conversación tan llena de sugerencias, sólo queremos recoger ahora, como culminante, la enseñanza luminosa que el maestro argentino nos ofreció con el cálido fervor de su palabra : la salvación de la Universidad, y con ella los destinos de nuestro pueblo, se hallan en manos de la juventud estudiantil.

SALVADOR M<sup>a</sup>. VILA.

(*El Estudiante*, de Salamanca, junio 7 de 1925.)

0